

# Un editorial reciente de EL SOL de Santiago de Cuba

## ADVERTENCIA A LOS COSTARRICENSES LA TALA DE NUESTROS BOSQUES

**D**ÓNDE están nuestros bosques? La vista afanosa los busca en vano cuando el tren corre por las anchas paralelas. A un lado y otro de la vía, sólo se divisan campos de caña, matizados con todas las tonalidades del verde. Y si por azar cruza el viajero frente a un cuadro de bosque virgen, no será extraño que oiga, seco y persistente, el golpe del hacha del leñador. Otras veces, densa humareda se eleva al cielo: lanzan los árboles quejidos de agonía, al sentir sus vértebras calcinadas: y el bosque, entero cruje, bajo el beso llameante que lo consume.

Algún tiempo después, cuando el viajero vuelve a cruzar por el mismo sitio, lastima su vista el cañaveral que se estremece, reverberante, bajo los rayos del sol. Una nueva riqueza ha brotado allí, al amparo de la naturaleza pródiga; pero es la riqueza inmediata y transitoria que se suplanta a la riqueza permanente, garantía del porvenir. Y si el viajero tiene un horizonte mental más vasto que el del momento, pensará con inquietud que aquellos golpes de hacha preparaban un ataúd: el de nuestra riqueza forestal; y que aquellas columnas de humo disipaban, — como espirales que brotan bajo la magia del tabaco, brindando un deleite efímero, — el bienestar futuro.

Gradualmente la isla, se convierte en un inmenso cañaveral. El azúcar alcanza precios fabulosos, y la perspectiva de las próximas zafraes es deslumbradora. La riqueza ha sonreído a muchos, y nadie quiere quedarse rezagado en el banquete de la prosperidad.

Y sin embargo, en todo este proceso hay una falacia económica. En el momento actual, hay múltiples frutos, de los que produce el suelo de Cuba, que representan una riqueza positiva, igual por lo menos, a la del azúcar. Productos alimenticios como el frijol alcanzan hoy un precio enorme: su cultivo podría ser abundante. Dos cosechas anuales, al precio que hoy tiene en el mercado mundial, representan la prosperidad de cualquier hombre emprendedor, en muy corto tiempo. Nuestros árboles frutales desaparecen, y es doloroso que esto suceda. Cuba es un país privilegiado en la producción de árboles frutales, al amparo de la excelencia de su cultivo

y de su relativa abundancia en otro tiempo, había comenzado a desarrollarse con éxito la industria de conservas en dulce, que se encuentra hoy amenazada de muerte, porque los árboles frutales desaparecen y son sustituidos, en muchos lugares, por la caña. Las maderas, que son una riqueza insustituible, también desaparecen.

Por otra parte, el país que circunscribe su riqueza a uno o dos productos principales, está constantemente al borde de la bancarrota. La variedad y la abundancia en la producción es lo que hace a los pueblos prósperos y felices. Todos sabemos que ha de llegar un día en que el azúcar se desprece en el mundo: lentamente, entre zozobras, Europa se reconstruye y Asia cobra nuevas actividades. Ese día será el de la catástrofe, pero todos abrigamos el consuelo de que ese día tarda en llegar, y que cuando llegue ya serán inmensamente ricos los que confiaron en el negocio. ¡Después... que sobrevenga el diluvio!

Es indispensable que el poder público tome alguna iniciativa para conjurar los peligros del porvenir. Ese es el deber de los buenos gobernantes, de los verdaderos estadistas. Hacen falta leyes que obliguen a reponer, con un nuevo árbol, todo árbol que se derribe: leyes que exijan que por cierto número de caballerías cultivadas de caña, se siembren otras de productos distintos. Hace falta, en suma, poner dique al despil-

farro de nuestra riqueza fundamental, la que reside en las condiciones mismas que hacen envidiable nuestra tierra, que por la variedad y la abundancia de su producción y por la belleza incomparable de sus bosques y de su cielo, fué proclamada por Colón como la más hermosa que ojos humanos vieron.

¡Cuán sombría es la perspectiva que el porvenir nos ofrece, si continúa ese insensato despilfarro! Suprimidos gradualmente los bosques, las sequías son y seguirán siendo tan prolongadas como angustiosas; nuestra industria ganadera perecerá rápidamente; el cultivo de frutos menores se reducirá a una expresión mínima; nuestra producción frutal, antes tan rica, famosa en el mundo por su excelencia, se verá condenada al raquitismo, arrastrando consigo nuestra industria de conservas en almíbar; y nuestra riqueza forestal, maravillosa y fecunda, habrá sido destruída a mansalva y sin reparación posible en largo tiempo.

Es necesario, hay que repetirlo, legislar sobre la materia. La riqueza nacional no es el patrimonio del egoísmo de una generación. Vinculada a la patria misma, hay que conservarla, hay que robustecerla, hay que afianzarla como firme sustentáculo del porvenir. De lo contrario, día llegará en que nuestros hijos, convertidos en parias, víctimas del cataclismo económico que nuestra imprevisión está forjando, se volverán a nosotros para increparnos de esta manera: ¿En dónde está mi patrimonio, el patrimonio que la pródiga naturaleza te brindó y que tú has consumido a cambio de un efímero bienestar? ¿En dónde están nuestros árboles, a cuya sombra pude saborear, en mi infancia, el dulce jugo de la fruta paradisíaca del trópico, mientras las aves del cielo anidaban en el frondoso ramaje y cantaban un himno de esperanza y de amor?

## Composición del cuerpo humano

**D**VESTUFFS es responsable del informe que se refiere a los componentes del cuerpo humano:

Si tomamos un hombre con salud normal de 150 libras de peso, encontramos que contiene 54 onzas de fósforo, cantidad suficiente para hacer 600,000 fósforos; grasa para una candelita de 15 libras de peso; 22 libras de carbón con las que se podrían hacer 180 docenas de lápices o carbones para lámparas de arco. Hay en él, hierro suficiente para fabricar un clavo que pueda sostener su peso; 3500 pies cúbicos de gas, oxígeno, hidrógeno, ni-

trógeno, cuyo costo, si se tratara de alumbrado, sería \$ 4.50.

Si se destilara este hombre obtendría 9½ galones de agua. El cuerpo también contiene 2 onzas de cal, 20 cucharadas de sal y una considerable cantidad de almidón, clorido de potasio, magnesio, sulfuro y ácido hidrocloreídico.

Es un hecho sorprendente este de que en un mil de huevos con sus cáscaras, hay el material necesario para la fabricación de un hombre de 150 libras de peso, distribuidos desde el tejido cerebral hasta las uñas de los pies.

(Scientific American. Nueva York).